

investigar sucesivamente la familia, las enfermedades anteriores y la actual en su modo de comienzo, evolución y síntomas, acompañado de un examen físico más o menos somero.

Los padres pueden estar "dijuntos", uno murió "terremoteado", el otro de "viejera llana" o de "un asco". Así pues nuestro paciente "no tiene doliente". Los hermanos pueden ser Malaquías, Toñico, Joventino, Eduvina y la Pastora. El "finado Chico" murió de una maltratada que le dió una bestia. De Romelia no se sabe: "anoheció viva y amaneció velándose". Y a los otros, la muerte les vino...

En efecto, las familias son grandes, pero no siempre alcanzan la edad adulta. Es rara la mujer "machorra", que no engendra. La esposa también murió "de un maleficio", fué "un esvenjo" (venganza), pero "dió Dios al mundo seis hijos". Si se trata de una mujer, puede no tener "más de uno, pero natural". Otros hijos han muerto de "alferecía", de la que parece existir dos formas, negra y amarilla. Según me han dicho este mal consiste en ataques en que el chico se pone negro y "tieso", grita, y muere finalmente. Será quizás una asfixia en que paran diversas afecciones.

Algunos enfermos lamentan tener que haber venido al Hospital. Es para ellos una caída evidente. Otros son viejos clientes de las instituciones de caridad, pero pocos pueden precisar con exactitud la fecha de sus estadas. La noción del tiempo pasado es en general vana. Así el "terremoto", la primera política de Don Ricardo, o los tiempos de Yglesias, son épocas en que el campesino recuerda haber estado enfermo.

Ciertos pacientes llegan en busca de alivio a los primeros síntomas. Otros, los más, han ensayado antes todos los remedios caseros y las curaciones de los Don Roques y otros curanderos y legos. El no poderse ganar la vida, por "falta de juerzas" en el trabajo del "jornal", entristece al campesino y justifica su visita. Torpe en expresar los síntomas de la enfermedad, sólo un interrogatorio relativamente extenso puede orientar al médico.

Tenemos por rutina preguntar una serie de enfermedades comunes y posibles en los antecedentes. Estas incluyen el paludismo, amebas ("obradera con sangre"), sarampión, viruela, escarlatina, difteria, tos ferina, paperas, pleuresía, pulmonía, fiebre tifoidea, de aguas negras, amarilla, gonorrea, chancros ("sangre mala"). Estos nombres deben sonar a griego en muchas orejas campesinas, y con frecuencia la respuesta es: —"Sarampión sí tuve, pero cuando nuevo, y las paperas no me han pegao todavía".

Las enfermedades anteriores o la actual, son corrientemente atribuidas al frío, que juega un papel importante en la etiología. Atravesar un río con el cuerpo caliente es el origen de un "pasma", que puede ser tanto una parálisis facial de las llamadas aún entre los médicos "a frigore", o de una gonorrea.

Las afecciones de la piel se presentan por sí solas. La "hinchazón" dolorosa del corriente "aceso" sub-cutáneo, o la "picada de papalomoyo" que traduce la Leishmaniosis cutánea, son diagnósticos ya hechos por el enfermo. Lo mismo de la "chipiza", vieja infección cutánea o de la curiosa úlcera de pierna ("pierna abierta"). Esta es particularmente frecuente, polimorfa, a etiología compleja, se ve en los dos sexos y a todas las edades y es de una persistencia desesperante.

Las perturbaciones del estado general son casi constantes. En medio de la universal tendencia a la obesidad, todos los enfermos notan

que han adelgazado o "esmerecido mucho", el cuerpo "va gastándose" y no tienen "donde amarrarse los trapos". Los "fríos", la "yelasón de pies", son corrientes. Los "fríos y calenturas" o la calentura de día de por medio hacen el diagnóstico del paludismo. La simple "calenturita interna que no me deja" puede no traducir más que la falta de apetito ("el palagar perdió"), la boca amarga y el dolor de cabeza. Los dolores "en las canillas" y la fatiga para caminar, la pereza, los asocia a menudo el pueblo con los "animalillos" o los "bichos" intestinales, para los cuales "el timol" es el soberano remedio.

Las molestias de la digestión son frecuentes. Nuestra alimentación a base de arroz y frijoles, hace del campesino un ser "etriadado para operar" u "ostético". Otras veces al contrario, hay una frecuente "salidera afuera", con "pujanza", casi patognomónica de la amibiasis. Una "desentería a-mano-llena", debe de ser una corrupción de "amibiana". Lo mismo que "una especie, a según me dijo el dautor", por dispepsia. La "aventazón" diaria, ser "estomaguada" o estar "aupada", traduce el balonamiento abdominal frecuente en la parasitosis intestinal. El vómito de "un babasal" amarillento, o de "lombrices de arca" (que "suben al pecho"), no es raro.

Los ataques epilépticos son para el pueblo "esperléticos". Ponerse, "perlático", es inmovi-

lizarse y no poder hablar. Sentir un "tus-tus" en la cabeza como un "mortifico diario", no es muy frecuente, así como toras manifestaciones nerviosas.

La tos puede ser "seca" o acompañarse de "desgarro" de color "natural" o "maduro". Un dolor en la espalda "como un viento encajado" indica a veces la pulmonía o la tuberculosis.

En las cosas sexuales el campesino es recatado. Si la mujer padece a menudo de un "flujillo por bajo" blanco o amarillo, o de una afección "del materno", el hombre exhibe la "purgación" o el "encordio" (bubón), detrás del que se esconde un chancho, a veces la micro-ulceración de la enfermedad de Nicolas-Favre, nada rara en su comienzo o como estenosis rectal, pero no hablan de perturbaciones funcionales sexuales. "Se me han atrofiado los coyoles y ya no me tientan las mujeres" decía un viejo. Un "escozor en el canal" al orinar es síntoma de gonorrea y tener un "compañón" hinchado, de orquitis. La menstruación es "el costumbre" y la menopausia "tener la sangre alzada".

Divertida, trágica otras veces, es la sencillez de nuestro campesino. Mucho se ha hecho en sanidad, aún más queda por llevar a cabo. Una lástima infinita nos deja el campesino enfermo, como infinita es su miseria y su paciencia.

Ha muerto el poeta...

(Viene de la página 40)

los dedos—son en realidad hombres asimilativos y vivientes que transfunden en su obra la palpitación de sí mismos.

El poeta Vallejo, desde sus primeros libros, desde "Los Heraldos Negros" y "Trilce", logra hacerse el vehículo orgánico de su tierra. Los oídos pervertidos por las sinfonías exóticas de cámara, por las sonatinas finiseculares de Conservatorio lo encuentran un "poeta difícil". Difícil porque no reproducía como un amplificador, ni el pensamiento, ni las imágenes mondadas y rodadas de la literatura europea, ni la preceptiva cartabónica de los institutos, ni los giros de la retórica española consagrada por la buena tradición del castellano! En cambio, imágenes nuevas y esplendorosas de sentirse recién nacidas, lenguaje directo con el vigor muscular de la carne que prende la realidad como un anzuelo; emocioario íntimo, circundante y proximista; técnica y retórica que desarticulan a pique aplomado la vieja armazón ibérica y que alcanzan, también, a las nuevas armazones de la moda y, por sobre todo, un estilo de América, una estética nuestra, un modo de acercarse a las cosas, a los hombres, a la naturaleza y a las realidades que sólo puede encontrarse en un organismo mental poderoso y viviente, que absorbe su contorno, cual una esponja y que reacciona ante él como una sensitiva vibrante.

Libertad espiritual y estética

El poeta, a lo largo de su obra, no se propone otra cosa que ser libre, categoría vital tan escasa en los pueblos de América. Me refiero a esa libertad integral del hombre que es en esencia libertad interior que no cede a ninguna compulsión deformadora y externa. "Quiero ser libre, me escribía una vez, aun a trueque de todos los sacrificios. Por ser libre, me siento en ocasiones rodeado de espantoso ridículo con el aire de un niño que se lleva la cuchara por las narices". Era el momento de la publicación de *Trilce*, libro cuyas bizarrías verbales comenzaban desde el título. Se le atacó y se le escarneció en forma

implacable. Mas, esta bizarría de expresión no buscaba el escándalo por el procedimiento de *épater le bourgeois*. Rompía la rutina congelada del patrón español o del patrón modernista—que imperaba y aun impera—para promover y educir en los demás esa libertad interior que él tanto amaba en sí mismo. Pensaba, como Jesús de Galilea, que no se puede transvasar vino nuevo en odres viejos, porque el regusto del tiempo, la herrumbre espiritual de la rutina impide sorprender y nos oculta la palpitación del alma nueva que acaba de nacer. Luego, ocurrió que muchos atraídos por la cintilación de la frase, por el vocablo bizarro o por el giro inesperado se dieron de bruces contra ellos, como el moscardón contra el vidrio, pero descubrieron la íntima poesía de su propia vida y el camino seguro de una estética que podemos llamar nuestra a grito pleno sin que nadie pueda disputárnosla.

Indigenismo auténtico

Con Vallejo, con Alcides Spelucín, acaso con Valdelomar, pese a sus veleidades danunzianas, con López Albuja y con Ciro Alegrín, el Perú se asoma, por primera vez, con universal categoría estética, al vivo, orgánico y vigente indigenismo de América. No por el camino nostálgico de la tumba, que es la falsificación y la escapatória del presente en el Coloniaje y en el Incario, rezumo de la antigua España y de la antigua América, sino por el campo de la vida inmediata, próxima, intimista, contemporánea. Hasta entonces —en el mejor de los casos— con Chocano y, a veces, con Ricardo Palma, el indigenismo no es sino anecdótico criollo, biografismo alegórico o simple alusión histórica y geográfica. Cuando Chocano se acuerda de que es americano, a pesar de sus dotes extraordinarias, no acierta sino a cantar, en quintanesco tono mayor, a Cahuide, a los Virreyes, al Cotopaxi, al Amazonas, a la Selva Virgen, a los "caballos de los conquistadores", a Guatemoc, que más que motivaciones íntimas y emocionales, eran tópicos o temas retóricos. Otros, los que vinieron después,